

Las relaciones sociedad-naturaleza: una síntesis en perspectiva historiográfica

Carlos Zavarro Pérez 

Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de La Plata

Pablo César Stampella 

Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de La Plata

Resumen

Se presenta una síntesis de diferentes modos en que la sociedad occidental se ha relacionado con la naturaleza y de cómo los procesos culturales fueron modificando nuestra manera de concebir el entorno y transformarlo. Se analiza la estructura y dinámica de las sociedades de cazadores-recolectores, las sedentarias jerárquicas, discutiéndose factores como la estratificación social, la división del trabajo y el mercado que contribuyeron a instalar modelos socio-económicos como el feudalismo, el esclavismo asociado a la expansión de la colonialidad, y las sociedades capitalistas extractivistas. Se menciona, además, la filosofía del buen vivir como lógica contrahegemónica de disputar sentido en relación a la gestión del ambiente.

Palabras clave: cazadores-recolectores, sedentarismo, domesticación, capitalismo, feudalismo.

Abstract

A synthesis of different ways in which humans have related to nature and how cultural processes have been modifying our way of conceiving the environment and transforming it is presented. The structure and dynamics of hunter-gatherer and sedentary hierarchical societies are analyzed. Social stratification, division of labor and the market, are discussed which contributed to installing socio-economic models such as feudalism, slavery associated to the coloniality, and extractivist capitalist societies. The philosophy of good living is mentioned as a counter-hegemonic logic of disputing meaning respect the environmental management.

Keywords: hunter-gatherers, sedentary lifestyle, domestication, capitalism, feudalism.

Introducción

Hubo un tiempo en que nuestros ancestros se alimentaban de los frutos, semillas y plantas que recolectaban y de los animales que cazaban, movilizándose en busca de alimento y cobijo. Esa vida nómada fue transformándose y la sedentarización contribuyó a traccionar nuevas formas de apropiación simbólica del territorio asociadas a la producción de bienes materiales y herramientas, que contribuyeron a estructurar diversos modelos de sociedad y modos de relacionarse entre quienes la habitaban y entre éstos con la naturaleza. La relación sociedad-naturaleza condensa diversos posicionamientos de la teoría antropológica y recopila narrativas que han contribuido a comprender el modo en que han coevolucionado los pueblos y su entorno (Ponting y Bonilla, 1992; Brailovsky, 2008).

Muchas intervenciones han transformado el paisaje ocasionando un creciente deterioro que se ha convertido en la marca de agua del antropoceno: período cuya estratigrafía es definida por la huella de la humanidad a través de evidencias climatológicas y culturales (Trischler, 2017). El abismo que ha ido generándose entre la sociedad y esa naturaleza -de la que provenimos-, el individualismo que subyace en la lógica de los modelos sociales basados en la dominación, y la concepción del desarrollo desde una perspectiva extractivista son algunos eventos que impulsaron esa ajenidad. En ese contexto, algunas corrientes epistemológicas, que proponen revisar el origen de nuestra racionalidad, emergen como alternativa -al menos conceptual-, a la lógica dominante.

Algunos de estos sistemas son analizados en estas líneas, contribuyendo a la reflexión sobre el modo en que la cultura ha ido configurando nuestra relación con el entorno. Coincidimos en que incorporar esta visión historiográfica contribuiría a fomentar un pensamiento contextualizado que consideramos relevante en relación a la perspectiva crítica de la educación ambiental, constituyendo un aporte al análisis racional en torno a la forma en que se diseñan las políticas públicas y se gestionan los recursos naturales.

La vida a los tumbos...

Las primeras sociedades humanas fueron cazadoras-recolectoras con un modo de vida extrapolable al de otras especies gregarias. Un enfoque adaptacionista podría sugerir que los homínidos fueron adecuando su alimentación a la disponibilidad de recursos. Esas relaciones tróficas podrían inscribirse en la teoría de especificidad del nicho que permite interpretar al ambiente como recurso (Leibold y Geddes, 2005). Bajo esa óptica se impone una relación de apropiación (Bate, 1986) basada en dos criterios: por una parte el uso intensivo de esos recursos, ya que la caza no sólo les proveía alimento, sino también pieles, huesos, etc. que eran utilizados para otros fines (abrigo, ornamento, etc.) y por otro el desarrollo y perfeccionamiento progresivo de una tecnología (herramientas) adecuada para lograr esa apropiación. Los modos de concebir esa relación con el entorno ha podido reconstruirse a partir de diferentes registros arqueológicos y diversas formas de expresión de esos pueblos entre las cuales, las pinturas rupestres (figura 1), es una de las más explícitas.

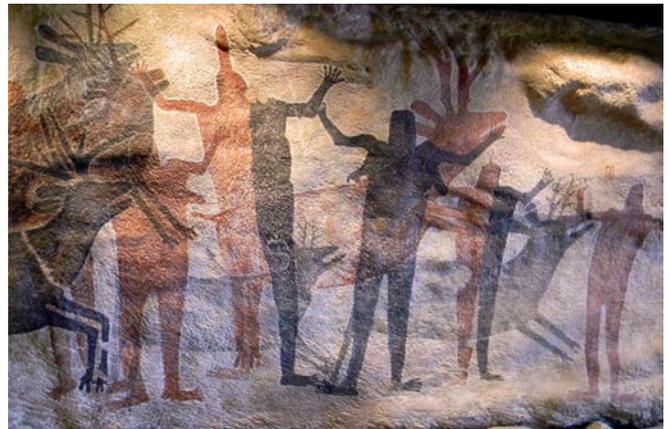


Figura 1. Las pinturas rupestres permiten reconstruir el modo de vida de las sociedades de cazadores-recolectores. Imagen: Rodrigo de la Torre (Pixabay).

La disponibilidad de recursos los impulsó a moverse continuamente de un lugar a otro diversificando sus prácticas alimentarias según una oferta condicionada por la geografía y la estructura de los ambientes que conformaban su área de distribución. Para algunos pueblos esa oferta podía comprender desde peces y productos del mar, hasta aves y pequeños mamíferos de las tierras retiradas de las costas, los frutos y semillas disponibles en esos ecosistemas e incluso mamíferos de mayor porte, raíces y tubérculos. Ese modo de vida imposibilitó la acumulación, salvo de aquellos recursos destinados a una alimentación frugal, al punto que estos grupos, según Arce Ruíz (2005), carecían de sentido de posesión.

Los selk'nam y yámanas, en Tierra del Fuego, por ejemplo, que habitaron un ambiente diverso pero hostil, desarrollaron prácticas culturales relacionadas con la “fabricación” de ciertas herramientas, canoas y elementos de abrigo (Ceruti, 2021), que resultan diferentes a las de otros grupos asentados en territorios más benévolos y homogéneos como las pampas o las selvas sudamericanas. Si bien este enfoque presenta al cambio cultural como respuesta a las rigurosidades del entorno, un análisis crítico permite reconocer que en ese proceso no sólo fue moldeándose y transformando la cultura, sino también -y sobre todo- el ambiente.

Desandar los caminos como camino a la domesticación

La trashumancia no representó un vagar sin destino. Con el transcurso del tiempo, las localidades visitadas fueron incorporándose a un circuito recurrente que era revisitado y que da cuenta del conocimiento del territorio. En hordas con poca vagilidad y en las primeras comunidades sedentarias, se mantuvo una noción del territorio que incluía los sitios periféricos a los que incursionaban regularmente en busca de recursos complementarios.

La aldeanización no sólo fomentó la producción de sentido sobre el entorno y cuánto había en él, sino también la consolidación del proceso de organización

tribal que promovió la cohesión entre sujetos, complejizando las relaciones comunitarias (Flores, 2006), la construcción de una identidad colectiva y una temprana división del trabajo (Ruz Saldívar y Zúñiga Ortega, 2021) asociada a las incipientes prácticas agrícolas.

La deforestación, el manejo del fuego, la aplicación de técnicas de cultivo (plantación, siembra, cosecha), el despliegue de una “ingeniería” relacionada al riego, el diseño de corrales destinados a la crianza, la alimentación de los animales y las labores de limpieza, así como la comprensión de los ciclos de vida asociados a la reproducción y a la elaboración de calendarios de siembra y de cosecha, fueron algunos emergentes de ese proceso que, incluso, impactaron en la aparición de rituales.

Estas condiciones de vida también posibilitaron el despliegue de otras labores que contribuyeron a reconfigurar las pautas culturales. Aparece la cestería, asociada -probablemente- a actividades de cosecha, y la alfarería que incentivó la elaboración de vasijas, cuencos y utensilios de cocina que afianzaron normas de alimentación en comunidad traccionando diferentes formas de expresión simbólica de esa identidad. Otras manifestaciones en que se evidencia la división del trabajo fue el desarrollo de tejidos y la fabricación y el perfeccionamiento de herramientas y de técnicas de caza (Leakey y Lewin, 1994).

Las prácticas de cultivo condujeron a un proceso sostenido de domesticación silvicultural, esto es una modificación de “lo silvestre” que involucró la transformación genética de plantas, hongos, aves, mamíferos de pequeño y mediano porte, peces, insectos e incluso microorganismos asociados a la elaboración de fermentos alimenticios. Si bien el proceso de domesticación ha impactado especialmente en la modificación de los paisajes sin que necesariamente exista un correlato directo con la modificación genética de las poblaciones, la elección de ciertos individuos por sobre otros, mediada por criterios de selección sobre la base de sus características morfológicas, organolépticas o simbólicas (Casas et al., 2016) pudo haber contribuido al aumento de la frecuencia de unos fenotipos por sobre el resto de la variabilidad poblacional.

Este proceso de domesticación (Harlan, 1975) operó en contraposición a la lógica de la selección natural darwiniana, en tanto esa selección cultural contribuyó al desarrollo de las fuerzas productivas, inaugurando todo un modelo de producción que, a su vez, traccionó liderazgos y jerarquías. En consecuencia, el modelo de propiedad igualitaria de muchas hordas nómades, terminó derivando en el de una comunidad tribal, sedentaria, con identidad propia, estratificada y dispar.

A diferencia de los sistemas preexistentes, en las sociedades jerárquicas, el trabajo se convirtió en una actividad coercitiva que motorizó la diferenciación en castas (Firth, 1984) constituyendo el medio por el cual se producían no sólo valores de uso, sino también valores de cambio (Marx, 1982). En ese contexto, gran parte de la sociedad estaba “obligada a producir”, mientras que el excedente se concentraba en un sector minoritario que acumulaba poder adquisitivo y político.

Las sociedades feudales

Aun cuando en varias regiones del mundo perduran sistemas tribales híbridos resultantes de los procesos interculturales de globalización, Sanoja y Vargas Arenas (2005) sostienen que la división del trabajo y la apropiación del excedente, conjuntamente con la aparición del mercado, contribuyeron a la disolución de las formas de organización tribales y a la consolidación de las sociedades clasistas, entre las que se reconoce el modo de organización feudal.

Así, en las sociedades feudales medievales de occidente, la estratificación es endógama y de abolengo, conformando un aparato ideológico al servicio de la casta dominante (Izquierdo Egea, 2020) que estaba representada por la nobleza encabezada en la figura del rey, el señor a cargo del feudo y el clero. Los vasallos, dedicados a la agricultura (Giner, 1976), conformaban las fuerzas productivas.

A los aldeanos que cultivaban la tierra, sólo se les permitía producir alimento para subsistir. Al no poseer derechos de propiedad sobre lo producido

(Wickham, 2012) el excedente les era arrebatado mediante impuestos y tributos durante el medioevo tardío, con una actividad mercantil más consolidada e incluso con ciertas formas de trabajo asalariado. Durante ese período, la actividad artesanal contribuyó también a diversificar la economía, a delinear nuevos modos de relación social y a reconfigurar la forma en que se utilizaban los recursos naturales y se concebía la propiedad sobre éstos.

Las relaciones de producción y los sistemas coloniales

Si bien existen variaciones locales del feudalismo, uno de los aspectos comunes a este tipo de sociedades estamentales fueron las guerras de conquista. La victoria de unos pueblos por sobre otros fue definiendo relaciones de dominación muy disímiles, siendo el saqueo una práctica usual de vencedores por sobre conquistados. Los sistemas imperialistas que se extendieron por Eurasia desde el medioevo, e incluso antes, y sobre todo el establecimiento de las colonias en América a partir de la segunda mitad del siglo XV -bajo la representación de provincias de ultramar o virreinos que fueron extendiéndose a diferentes confines del mundo-, contribuyó al establecimiento de un modelo económico extractivista que alimentó las arcas de las coronas europeas y consolidó una forma ideológica de dominación (Garduño, 2010) asimétrica. Esta ideología subsidió a las metrópolis representando, en cambio, para sus colonias, la apropiación de sus tierras, la exterminación de muchos de quienes las habitaban, el saqueo de sus recursos y la imposición de un sistema de valores y sentidos que consideró a los nativos como seres infrahumanos (figura 2).





Figura 2. El colonialismo constituyó una forma de dominación cultural bajo el supuesto de transformar la barbarie en civilización. Fuente: Cuilomerto, Wiki-media Commons.

No obstante, tal como sostiene Gorender (2018), los sistemas coloniales en el Nuevo Mundo no representaron una transferencia del sistema feudal europeo. La exterminación de parte de los pobladores locales a causa de las contiendas, los maltratos y las epidemias, conminó a los europeos a buscar mano de obra esclava en la región del África subsahariana. El esclavismo representó el modelo más déspota e inhumano, sometiendo a los africanos -y a sus descendientes- a un yugo que los privó de su libertad y dignidad, haciéndolos víctimas del tráfico de personas, del desarraigo y de la más ominosa explotación (Pradilla Cobos y Márquez López, 2022).

En síntesis el modelo maximizó el rendimiento económico transmutando las relaciones de propiedad cosificando al ser humano, y fomentando una economía primarizada que aun hoy se perpetúa como rasgo de esa misma colonialidad. Los modelos extractivistas fueron consolidándose por la concentración del excedente delineando al capitalismo como sistema. Sus orígenes pueden ser interpretados como un proceso transicional heterogéneo acontecido desde mediados del siglo XVIII hasta la llamada revolución de las máquinas en la Inglaterra del siglo XIX (Dyer, 1998; Moore, 2003).

El flujo de materias primas proveniente de las colonias, el incremento de la población mundial y el rol que desempeñaron las rutas comerciales entre Asia y Europa, y entre este continente y los territorios de ultramar, impulsaron la actividad mercantil y la lógica de que las transacciones de mercancías eran capaces de regular indirectamente los procesos productivos.

Hacia mediados del siglo XIX el capitalismo se diversificó en un capitalismo agrario que desplazó al campesinado al incorporar maquinaria agrícola; en un capitalismo mercantil que motorizó el desarrollo de maquinarias e impulsó el llamado capitalismo fabril -demandante de mano de obra a la que fue imprescindible calificar- y en un incipiente capitalismo financiero que permitió el sostenimiento de la inversión, potenciando, a su vez, el desarrollo de la industria de maquinarias. La innovación en tecnología no sólo permitió alcanzar esos objetivos, sino reconfigurar las relaciones sociales.

Las migraciones del campesinado hacia las urbes y su conversión en una clase proletaria contribuyeron a la resignificación del concepto de estratificación social, y si bien la nobleza mantuvo su estatus de privilegio en muchas naciones europeas, la aparición del proletariado representó la mano de obra que garantizó la escalada del sistema y el auge de la naciente burguesía.

De esta manera, en el capitalismo, la plusvalía cobra una relevancia central asociada al excedente creado por la clase obrera (Marx, 1982). En ese marco, las fuerzas productivas y la propiedad sobre los medios de producción (tecnología) constituyeron el motor del proceso de producción, siendo el trabajo un costo que, retribuido por dinero, permitía tan solo adquirir bienes de uso o consumo. No obstante, el valor de la mercancía no es sólo la sumatoria de los costos de producción (materia prima + salario + inversión en tecnología + energía) porque el precio incluye la adición de un excedente producido como resultado del trabajo que se concentra en el sector social propietario de los medios de producción.

Esa diferencia entre el costo de producción y el valor de cambio del producto constituye la ganancia que, por otra parte, en el capitalismo moderno, mayoritariamente constituye la causa de la desigualdad social y de la consideración de los recursos naturales como mercancía, y en sintonía, de su expropiación.

El capitalismo y la falacia del desarrollo

La lógica del mercado incrementó notoriamente las presiones sobre el ambiente profundizando la dinámica extractivista, la contaminación y la desigualdad en aquellos países que, por los bajos costos de producción (salarios) proveen la materia prima para alimentar las cadenas productivas globales, impactando en la disparidad entre los países subdesarrollados -con una economía primarizada, basada en la exportación de commodities- respecto de aquellos del llamado primer mundo cuyo nivel de vida es subsidiado por la depredación de la economía y de los recursos naturales entendidos como mercancía (Cruz Marín, 2018) de los anteriores.

Estas acciones han traccionado resistencias potenciando una conflictividad social a la que Gudynas define como una “dinámica de oposiciones que resultan de diferentes valoraciones, percepciones y significados sobre acciones y circunstancias vinculadas con la sociedad y el ambiente, que discurre como un proceso que se expresan acciones colectivas, donde los actores, en oposición, interactúan entre sí, en ámbitos públicos (Gudynas, 2014).

Los conflictos expresan posiciones antagónicas e involucran una dimensión social que responde al hecho de que la conflictividad ambiental aloja en su génesis una disputa por el control y gestión de los recursos naturales y una puja distributiva (Gudynas, 2014).

A esta complejidad se suman las disputas que, en algunos países, se generan respecto de la administración de la matriz económica cuando éstos son

governados por proyectos políticos de corte popular o con perspectiva ambientalista que, en ejercicio del contrato electoral, impulsan medidas de fiscalización o una legislación tildada de punitivista por algunas fuerzas políticas opositoras y por ciertos medios de comunicación con intereses creados respecto del poder real al que subrepticamente representan (Zavaro y Trejo, 2020).

De la lógica del desarrollo sustentable al buen vivir

La aceleración de la crisis ambiental a escala global ha estado vinculada al mito del desarrollismo y esta situación ha contribuido a la proliferación de discursos y políticas relacionadas con la búsqueda de un equilibrio entre desarrollo y mantenimiento de las funciones ecosistémicas que garantice una redistribución más equitativa.

La enunciación de un modelo de gestión sustentable, ante el fracaso del hegemónico, fue objeto de numerosas cumbres internacionales (París, 1968; Estocolmo, 1972; Río, 1992, 2012, entre otras) que llevaron a delinear estrategias orientadas a mitigar estas problemáticas promoviendo un uso de los recursos que garantice su disponibilidad para las generaciones futuras. Sin embargo, esta percepción de “lo sustentable” convalidó ciertas prácticas que legitimaron la idea de que aquello que debía de ser sustentable no era el ambiente, sino el desarrollo (Foladori y Tommasino, 2000).

Ante este fracaso, cobra importancia la educación ambiental crítica (Bullen Aguiar, 2021) ya sea en espacios formales como no formales con temáticas y didácticas específicas capaces de fomentar la reflexión sobre las causas y consecuencias de los modos en que nos relacionamos con el entorno. La Estrategia Nacional de Educación Ambiental y la Ley Yolanda, en Argentina, o el Acuerdo Escazú, fomentado por la CEPAL, son ejemplos de su relevancia.

También en algunos países ha comenzado a imponerse una nueva racionalidad que interpela la lógica mercantilista, involucrando a las bases sociales: a la comunidad organizada, a colectivos de pequeños productores, y a cooperativas (Leff et al., 2003). A esta visión se suman -en algunas regiones de latinoamérica- los saberes de un modo de vida que recupera las tradiciones indigenistas y que, asociado a la llamada economía del buen vivir, ha comenzado a visibilizarse como alternativa a la perspectiva economicista (Friggeri, 2021).

El buen vivir (Ibáñez, 2011) reconoce la expresión histórica de los pueblos indoamericanos anclada a una praxis ancestral que rescata vocablos como Sumak Kawsay (quechua), Suma Qamaña (aymará) o Teko Porá (guaraní) y expresa un ideario de construcción de vida en armonía con la Pachamama que excluye la explotación humana (Friggeri, 2021), cuestionando al capitalismo depredador, egoísta, acaparador, competitivo y excluyente. La relevancia de lo comunitario en contraposición a la visión individualista neoliberal, la armonía y el respeto hacia la naturaleza y la otredad, la plurinacionalidad que algunos estados reconocen, la referencia a lo biocéntrico y el respeto a las tradiciones, son algunas de las premisas convergentes.

Ecuador, Bolivia y Paraguay, están entre los países que durante la primera década de este siglo, propusieron institucionalmente un modelo de estas características. La idea encarna una concepción filosófica del Estado y de la gobernanza ambiental que busca frenar drásticamente las prácticas destructivas y representa una ruptura tanto con el modelo expansionista del capital como con la perspectiva productivista del socialismo (de la Cuadra, 2015).

Ante este escenario, el sistema político y los medios de comunicación han intentado crear sentido en contra de los pueblos originarios y de sus reclamos, (figura 3) desconociendo su vínculo histórico con las tierras que habitan, ¿la causa?: los antagonismos que esas demandas generan en el modelo y en la élite dominante.

Una de las formas más frecuentes de ataque a estas posiciones apela a presentar las disputas de re-apropiación social de la naturaleza con la politización de lo étnico, desvalorizando el rol que, en esta concepción del mundo, tiene también lo identitario.



Figura 3. Marcha de mujeres indígenas Waorani (Ecuador) en protesta por la presencia de petroleras. Imagen: beto0albo en Pixabay, intervenida por los autores.

Conclusiones

La relación de la humanidad con el ambiente ha estado mediada por procesos culturales. El tránsito de la vida nómada a la sedentaria contribuyó al perfeccionamiento de herramientas, a la división del trabajo, la domesticación y la consolidación de tradiciones y pautas de comportamiento que caracterizaron a muy diferentes culturas. El proceso de apropiación de los recursos naturales y la diversificación de las relaciones de mercado fueron configurando modelos de sociedad en las que el trabajo se convirtió en una forma de explotación para producir un excedente que constituyó la génesis de la desigualdad social y de las disputas geopolíticas. El modelo hegemónico extractivista, basado en la acumulación de capital y en las fluctuaciones del precio de los commodities ha agravado el deterioro ambiental.

En los últimos años ha comenzado a visibilizarse una epistemología indigenista que, asociada a la filosofía del buen vivir, se ha posicionado contra el modelo neoliberal, fomentando una praxis que recupera las tradiciones de los pueblos y propone el uso racional de los bienes comunes, el respeto por la naturaleza y la igualdad social. Estos posicionamientos, si bien parecen una utopía, representan una alternativa en relación a la construcción simbólica y la puja de sentidos que subyace en la trama en que se organizan las sociedades.

Referencias

- Bate, L.F. (1986). El modo de producción cazador recolector o la economía del salvajismo. *Boletín de Antropología Americana*, 13, 5-31.
- Brailovsky, A. (2008). *Historia Ecológica de Iberoamérica. De la Independencia a la Globalización*. Buenos Aires: Kraicon.
- Bullen Aguiar, A. (2021). Por una educación ambiental crítica. *Jandiekua, Revista Mexicana de Educación Ambiental*, 4(6), 10-17.
- Casas, A., Parra, F., Blancas, J., Rangel Landa, S., Vallejo, M., Figueredo, C.J., y Moreno Calles, A.I. (2016). Origen de la domesticación y la agricultura: cómo y por qué. En: Casas, A., Torres-Guevara, J., y Parra, F. (Eds.). *Domesticación en el Continente Americano* (pp. 189-223). México DF: UNAM.
- Ceruti, M.C. (2021). Montañas sagradas de la Patagonia Meridional y Tierra del Fuego. *Yachay*, 37(71), 139-168.
- Cruz Marín, J.E. (2018). La crisis ambiental mundial: los extractivismos y la sexta gran extinción. *Jandiekua, Revista Mexicana de Educación Ambiental*, 4(6), 14-25.
- De la Cuadra, F. (2015). Buen Vivir: ¿Una auténtica alternativa post-capitalista?. *Polis. Revista Latinoamericana*, 40, 1-12.

- Dyer, C. (1998). Los orígenes del capitalismo en la Inglaterra medieval. *Brocar: Cuadernos de investigación histórica*, 22, 7-20.
- Firth, R. (1984). *The Sceptical Anthropologists*. En: Bloch, M. (Ed.). *Marxists Analyses and Social Anthropology*, (pp. 29-60). London: Tavistock Publications.
- Flores, J. A. (2006). Los cazadores recolectores y la formación social tribal. *Boletín de Antropología Americana*, 42, 33-90.
- Foladori, G. y Tommasino, H. (2000). El concepto de desarrollo sustentable treinta años después. *Desenvolvimento e Meio Ambiente*, 1, 41-56.
- Friggeri, F.P. (2021). Buen vivir y socialismo indoamericano, una búsqueda epistémico-política. *Revista Brasileira de Ciências Sociais*, 36, 1-17. <https://doi.org/10.1590/3610513/2020>
- Garduño, E. (2010). La Conquista de América: El problema del otro. *Culturales*, 6(12), 181-197.
- Giner, S. (1976). *Sociología*. Barcelona: Península.
- Gorender, J. (2018). Esclavismo colonial: modo de producción históricamente nuevo. En: Bringel, B. y Basil, A. (Coords.). *Antología del pensamiento crítico brasileño contemporáneo*. (pp. 342-247). Buenos Aires: CLACSO.
- Harlan, J.R. (1975). *Crops and man*. Madison: American Society of Agronomy.
- Ibáñez, A. (2011). Un acercamiento al buen vivir. *Contextualizaciones Latinoamericanas*, 3(5), 1-17. <https://doi.org/10.32870/cl.v0i5.2835>
- Izquierdo Egea, P. (2020). ¿Clases sociales en las sociedades precapitalistas? *Arqueología Iberoamericana*, 12(46), 111-117.
- Leakey, R. y Lewin, R. (1994). *Nuestros orígenes*. Barcelona: RBA editores.
- Leibold, M.A. y Geddes, P. (2005). El concepto de nicho en las metacomunidades. *Ecología austral*, 15(2), 117-129.
- Leff, E., Argueta, A., Boege, E. y Porto Gonçalves, C.W. (2003). Más allá del desarrollo sostenible. La construcción de una racionalidad ambiental para la sustentabilidad: una visión desde América Latina. *Medio Ambiente y Urbanización*, 59(1), 65-108.
- Marx, C. (1982). *El Capital*. México DF: Fondo de Cultura Económica.
- Moore, J.W. (2003). Nature and the transition from feudalism to capitalism, *Review* 26(2), 97-172.
- Ponting, C. y Bonilla, F.I. (1992). *Historia verde del mundo*. Buenos Aires: Paidós.
- Pradilla Cobos, E. y Márquez López, L. (2022). Acumulación de capital, intercambio desigual y territorio en América Latina. *Revista de Estudios Globales. Análisis Histórico y Cambio Social*, 1(2), 73-100. <https://doi.org/10.6018/reg.529591>
- Ruz Saldívar, C. y Zúñiga Ortega, A.V. (2021). El neolítico origen de las finanzas públicas. *Revista Contribuciones a la Economía*, 19, 6-15.
- Trischler, H. (2017). El Antropoceno, ¿un concepto geológico o cultural, o ambos?. *Desacatos*, 54, 40-57.
- Sanoja, M., y Vargas Arenas, I. (2005). El proceso de acumulación en las sociedades precapitalistas. *Boletín de Antropología Americana*, 41, 43-64.
- Wickham, C. (2012). Fuerzas productivas y lógica económica del modo de producción feudal. *Sociedades precapitalistas*, 1(2), 1-25.
- Zavaro Pérez, C. y Trejo, M. (2020). Problemas ambientales y la racionalidad: el rol de los medios. *Actas de Periodismo y Comunicación*, 6(2), 1-12.